

El Círculo Psicoanalítico, Armando Suárez e Igor Caruso. Notas para repensar su lazo social

AUTOR

José Velazco García
Psicoanalista. Miembro Adscrito CPM
Profesor FES Iztacala, UNAM
Contacto: jorevel@unam.mx
Fecha de Recepcion: 31/05/20

Ahora bien, el origen es precisamente lo que se nos evade, eso de lo que estamos irremediamente ausentes, y que escapa a nuestro dominio en el movimiento mismo en que somos constituidos en y por el deseo de otro, de más de otro que nos precede.

El sujeto de la herencia
René Kaës

Introducción

Durante las décadas de los sesenta y setenta del siglo XX, en gran parte del mundo occidental se experimentó una aguda crítica a las instituciones, al saber y al poder que ellas enarbolaban. Se configuró una verdadera institucionalización de la crítica, cuyas huellas aún están presentes en lo que va del siglo XXI. El Estado, la familia, la escuela, la ciencia, la economía, la filosofía, el lenguaje, la medicina, el hospital psiquiátrico y el mismo psicoanálisis fueron puestos en cuestión. De tal manera que expresiones como contracultura, contrainstitución, antipsiquiatría, y luego El Anti-Edipo, tomaron

una fuerza descomunal en muchas partes del mundo. Cada uno de estos vocablos nos remite a contextos específicos, pero también a desplazamientos de cuestionamientos y reflexiones críticas que iban de un campo a otro.

Varias disciplinas y corrientes de pensamiento funcionaron como puntos de apoyo para que proliferaran las críticas. El estructuralismo y el marxismo se convirtieron en plataformas desde las cuales despegaron algunos ataques a formas de concebir el mundo y a prácticas que, para muchos, resultaban obsoletas, impositivas e intolerantes, violentando así los derechos humanos. Esas plataformas de ninguna manera eran ámbitos homogéneos, armoniosos, lo heterogéneo y lo diverso se hacía presente de un modo acentuado, permanente.

En ese clima de crítica heterogénea a las instituciones, surgió el Círculo Psicoanalítico Mexicano. Ahora nos referiremos a algunas circunstancias relacionadas con la aparición de este establecimiento, proponiendo además algunas ideas para repensar los vínculos que se produjeron entre el Círculo Psicoanalítico





Mexicano, Armando Suárez e Igor Caruso. Al ubicar elementos para identificar las coordenadas en las que surgió nuestra asociación, apareció como algo ineludible acercarnos al esclarecimiento del lugar que tuvo ahí Igor Caruso. Esta necesidad se relaciona con el fuerte y acalorado debate que surgió en nuestra grupalidad hace algunos años debido a la colaboración con el régimen nazi, del fundador de los Círculos de Psicología Profunda.

Algunos trazos sobre el contexto

Es en la década de los setenta del siglo pasado cuando el Círculo Psicoanalítico Mexicano hace su aparición en la escena de los establecimientos psicoanalíticos nacionales. Esa época estuvo cargada de una serie de procesos sociales relevantes tanto para el país en su conjunto, como para el territorio psicoanalítico nacional. Uno de esos procesos tuvo que ver con la sangrienta represión del 68 y con un nuevo gobierno ávido de establecer lazos de reconciliación

con los sectores más afectados. Luis Echeverría Álvarez y su equipo hicieron grandes esfuerzos por materializar eso que Cansino (2012), al referirse al populismo mexicano, denominó “poderoso instrumento retórico”. En esta “resurrección del populismo” de los años setenta, dentro de la cual Cansino incluyó, como era de esperarse, a José López Portillo, las clases medias ocuparon un lugar privilegiado. Las vías configuraron esa retórica fueron, entre otras: la democratización de la vida pública; la simpatía y apoyo a la izquierda; la solidaridad con las causas populares latinoamericanas y en general con las del, entonces llamado, Tercer Mundo.

El campo de la educación superior y otros ámbitos relacionados con ella, se vieron favorecidos por cierta apertura democrática y apoyos económicos inusitados. Durante el gobierno de Luis Echeverría Álvarez, se permitió a grandes sectores de las clases medias ilustradas impulsar diversos proyectos o participar en ellos, obteniendo múltiples beneficios. La búsqueda de la reconciliación fue promovida por Luis Echeverría desde que inició su campaña presidencial, tratando de establecer lazos de comunicación y negociación con los intelectuales. Se puso especial énfasis en el impulso a la participación de los jóvenes en la vida política al reducir la edad para votar, de 21 a 18 años; al hacer otras modificaciones a las leyes electorales, salen de la clandestinidad y la marginación los grupos de izquierda, consolidándose al acaparar voluntades en busca de participación y transformaciones políticas. Sin embargo, los claroscuros estaban a la orden del día, ahí podemos identificar la llamada Guerra Sucia y la importante presencia de grupos guerrilleros.



En el campo de la institución psicoanalítica mexicana aparecieron establecimientos que trastocaron la hegemonía que mantenía hasta ese momento la APM (Asociación Psicoanalítica Mexicana), reconocida y apoyada por la Asociación Psicoanalítica Internacional. No podemos dejar de mencionar que el llamado grupo Frommiano poseía cierta fuerza, pues el propio Erich Fromm radicaba en Cuernavaca y en 1963 había fundado, junto con médicos mexicanos, el Instituto Mexicano de Psicoanálisis, articulado a la Sociedad Psicoanalítica Mexicana. En el escenario psicoanalítico mexicano también contábamos con la entonces denominada Asociación Mexicana de Psicoterapia Psicoanalítica (AMPP), que se fundó en 1965. Poco tiempo después, durante el año de 1967, la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo (AMPAG) se constituye como tal; por cierto, este establecimiento tuvo entre sus antecedentes una experiencia psicoanalítica que conmovió al mismo Vaticano a lo largo de esa década. Las dos asociaciones mencionadas tuvieron lazos y conflictos importantes con la APM; además, en ellas empezaron a hacerse presentes dos poblaciones fundamentales para la historia del psicoanálisis en México: las mujeres y los no médicos.

En aquellos momentos, los distintos tonos del discurso marxista se hicieron presentes en muchos ámbitos de la sociedad mexicana, por supuesto en la institución psicoanalítica mexicana ese discurso hizo posible que algunos grupos pudieran replantearse el vínculo entre psicoanálisis y sociedad, retomando conceptualizaciones que ya tenían fuerza en otros países. González (1986) acuñó una expresión

permanentemente retomada por nosotros y que alude precisamente a las transformaciones que se vivieron en el psicoanálisis mexicano durante los años sesenta y setenta. Él habla de una “nueva cultura” desarrollada en aquellos momentos; algunos rasgos de esa nueva cultura fueron: la emergencia de establecimientos psicoanalíticos que se distanciaron de la Asociación Psicoanalítica Mexicana (APM); acceso de los no médicos a la formación y la práctica del psicoanálisis; aparición y consolidación de establecimientos psicoanalíticos en otros estados de la República Mexicana; exilio de psicoanalistas sudamericanos a nuestro país; legitimación, por la vía de los hechos, de los seminarios privados; replanteamientos y debates en torno a la teoría y la práctica psicoanalítica; circulación de los planteamientos lacanianos; acercamientos contundentes del psicoanálisis con otras disciplinas, múltiples eventos de difusión, gran producción editorial, relaciones del psicoanálisis con instituciones de educación superior y del sector salud.

Surgimiento del Círculo Psicoanalítico Mexicano

El Círculo Psicoanalítico Mexicano (CPM) se fue consolidando mientras avanzaba la década de 1970, teniendo como antecedente inmediato un distanciamiento entre quienes pretendieron instituir en nuestra geografía, a finales de los sesenta, lo que se llamó Círculo Mexicano de Psicología Profunda, el cual se fundó en agosto de 1969. Castillo (2011) habla de varias personas que se habían formado en el Círculo Vienés de Psicología Profunda y a principios de 1965 ya se encontraban en México, eran: Raúl Páramo; Arturo Fernández y Armando Suárez.





Para entonces ya se había establecido un “acuerdo de colaboración” entre la Sociedad Psicoanalítica Alemana, la Sociedad Psicoanalítica Mexicana, que dirigía Fromm en México y el Círculo Vienés de Psicología Profunda, acuerdo firmado en Ámsterdam en julio de 1962. El acuerdo era el antecedente, de lo que años después fue la Federación Internacional de Sociedades Psicoanalíticas, agrupación alternativa a la Asociación Psicoanalítica Internacional, IPA, por sus siglas en inglés. Según Juan Diego Castillo, los estatutos de esa Federación se firmaron en Zúrich en 1974, el 6 de septiembre. Por su parte, el acuerdo de 1962 trajo consigo la posibilidad de intercambios y colaboraciones editoriales, así como la realización de los “Forums Internacionales de Psicoanálisis”. Gracias a ese acuerdo, Igor Caruso publicó varios trabajos en la Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología, órgano de difusión

de la sociedad encabezada por Fromm. Además, en 1969, se llevó a cabo el Tercer Foro Internacional de Psicoanálisis en la ciudad de México.

Este tipo de colaboración con los frommianos, parece haber colocado a los discípulos de Igor Caruso que radicaban en México, en una difícil situación. Juan Diego Castillo aclara, que en ningún momento existió la intención de integrarse al grupo frommiano, pues se tenía mucha claridad respecto al proyecto a realizarse en México.

En el año de 1967, aparece en el escenario un importante personaje de la Prehistoria del Círculo Psicoanalítico Mexicano: Jaime Cardeña. En ese año él y Armando Suárez se conocen. Originariamente gastroenterólogo, Jaime Cardeña se formó primero con los frommianos y después en la APM. Cardeña colabora con Armando Suárez y Raúl Páramo, lo cual culminó en la fundación del Círculo Mexicano de Psicología Profunda. En su interior se empezaba a dibujar una tendencia que se acercaba sin dudas al marxismo y hacia la consolidación de una relación estrecha entre las ciencias humanas y el psicoanálisis.

Jaime Cardeña y Armando Suárez empezaron a conducir análisis y seminarios a finales de la década de 1960. Según la reseña que hace González (1986) de aquellos hechos, Armando Suárez conducía tratamientos individuales, mientras Jaime Cardeña analizaba individual y grupalmente. En agosto de 1969 Igor Caruso, en persona, nombró a Jaime Cardeña presidente del Círculo Mexicano de Psicología Profunda. Pero, aproximadamente un año después, entre Cardeña y Suárez apareció un

distanciamiento por diferencias respecto a la práctica clínica y se produjo la ruptura. El Círculo Mexicano de Psicología Profunda sobrevivió aún dos años más, pero sin la participación de Armando Suárez ni de Raúl Páramo. Ellos impulsaron la creación de lo que se denominaría Círculo Psicoanalítico Mexicano que se instituyó en 1971.

La primera generación estuvo conformada por Luis Moreno, Lilia Meza, Ana María Martínez Camarena, Patricia Escalante, Magda Fernández, Ida Oynik, Juan Diego Castillo, y Fernando González. Según este último, los “formadores” fueron Armando Suárez en “Escritos de Freud” y Raúl Páramo en “Técnica psicoanalítica”. Se habla de que posteriormente se fueron agregando otros: Gilberto Giménez un sociólogo paraguayo; el historiador Carlos Pereyra y el poeta Tomás Segovia.

Rocha (1998) precisa que el Círculo Psicoanalítico Mexicano (CPM) quedó formalmente constituido hasta 1974, cuando ante notario se levantó el acta correspondiente. Es en ese momento cuando se hacen oficiales dos figuras de adscripción para los integrantes de esa agrupación: miembro activo y miembro honorario. Este tipo de adscripción permitió que integrantes de la APM se involucraran en la formación de analistas del CPM. Así, Santiago Ramírez, Celia e Isabel Díaz, así como Enrique Guarnier, participaron en los procesos de formación. Ahí “las genealogías se cruzarán”, tal y como lo expresa Fernando González.

Poco a poco se va edificando en el Círculo Psicoanalítico Mexicano una estructura organizativa que le permite un funcionamiento. Se fundó el Instituto de Formación, que ahora

lleva el nombre de Armando Suárez, se instauraron ámbitos para la supervisión y el análisis personal, asumiendo explícitamente la tarea de estar formando psicoanalistas. Uno de los requisitos para que se aceptara como candidato, era que hubiera cursado cualquier licenciatura, no se requería ser médico para llegar a ser psicoanalista. Es necesario señalar, que muy pronto, Raúl Páramo se separa del CPM, al fundar el Grupo de Estudios Sigmund Freud en Guadalajara,

Después de comentar todo lo anterior aparecen varias interrogantes: ¿cuál es el lugar de Igor Caruso en la fundación del CPM?; ¿en qué lugar se coloca Armando Suárez respecto a Caruso?; ¿cómo afecta esa posición asumida el devenir del Círculo Psicoanalítico Mexicano? Al tratar de responder esta pregunta proponemos un sitio para el principal fundador del CPM.

Armando Suárez: Puente y punto de distanciamiento

Sabemos por el propio Suarez (1985) y por la investigación de González (2015) que en 1947 Caruso fundó el Círculo Vienés de Psicología Profunda: “... como una comunidad privada de investigación que se propone como tarea promover los conocimientos de psicología profunda y su aplicación a la educación, la psicología práctica, la medicina, la sociología, etc., así como la crítica filosófica de sus propios supuestos” (1985, p.19). También vimos que nombró personalmente a quien presidiría el Círculo de Psicología Profunda en México. Por otra parte, resulta muy claro el sólido vínculo que se estableció con las tres personas que llegaron de Europa buscando crear acá una filial del Círculo de Psicología Profunda de Viena, ellos fueron



discípulos y analizados de Caruso, pero él no se involucra en ningún momento con las tareas de organización, con los conflictos y las rupturas. Esta deducción la proponemos, en tanto ninguno de los autores examinados hace referencia a la posición que tomó Caruso cuando se funda el Círculo Psicoanalítico Mexicano.

Seguramente falta investigar más al respecto, pero por ahora podemos decir que se va produciendo entre Caruso y el Círculo Psicoanalítico Mexicano una distancia fructífera, que tiene sus destellos de colaboración y proximidad, como cuando el fundador de los Círculos de Psicología Profunda asiste a México al programa Encuentro organizado por Suárez y el apoyo de Televisa, compartiendo la mesa de debate con Marie Langer, Franco Basaglia y Eliseo Verón en 1975. Otro chispazo lo encontramos en el momento que dedica su libro *Psicoanálisis, marxismo y utopía* a los integrantes del CPM, y subraya en el prólogo el gran placer que le produce la publicación de su texto en México.

Esa modalidad de lazo social que se establece primero con el Círculo de Psicología Profunda y más tarde con el CPM, parece estar en sintonía con el estilo de Caruso. Cuando Armando Suárez hace una apología de ese estilo en un texto de los años ochenta, el cual adquirió ciertos tintes de homenaje póstumo, señala que Igor Caruso siempre fue renuente a ser considerado “el Papa de Viena de la Federación”. Él prefería que cada sede enfrentara sus conflictos y propusiera proyectos adecuados a sus intereses particulares. Lo que no impidió el haber estado presente en la fundación de los Círculos en varias partes del mundo: Berna;

Colombia; Brasil, y ser presidente de la Federación hasta 1981, año en que falleció.

Tenemos entonces cierto distanciamiento de Igor Caruso, el cual se hace aún más evidente en las múltiples actividades que emprende el Círculo Psicoanalítico Mexicano a partir de su fundación. De cualquier modo, no deja de llamar la atención el hecho de que, en las múltiples referencias a Caruso hechas por Suárez, encontramos la expresión de una permanente admiración y el reconocimiento de que Caruso podría otorgar autonomía, sin tener grandes conflictos con la libertad asumida por sus allegados. Esa admiración y esta especie de don transmitido a Suárez, nos lleva a retomar dos vías de reflexión: la Transmisión y el Don.

Respecto a la primera vía recordamos que Kaës, al explorar la problemática de la transmisión, rescata la consigna de Goethe, enunciada por Fausto y recuperada por Freud hacia en *Tótem y tabú*:

Was du ererbt von deinem Vätern hast, Erwirb es, um es zu besitzen
“Lo que has heredado de tus Padres, para poseerlo, gánalo” : el sujeto de la herencia está dividido, como el sujeto del inconsciente, entre la doble necesidad “de ser para sí mismo su propio fin” y de ser “el eslabón de una cadena a la que está sujeto sin la participación de su voluntad”, pero a la que debe servir y de la que puede esperar un beneficio (1996; p. 15).

Aquí los argumentos de Kaës y de Sigmund Freud expuestos en *Totém y tabú*, se con-funden de un modo muy productivo y nos



llevan a preguntarnos: ¿Armando Suárez se encadenó de modo sumiso a los círculos de psicología profunda y a Igor Caruso?

En concordancia con lo expuesto por Kaës, aceptamos que cada uno de nosotros es sujeto de la herencia, pero también somos sujetos en la diferencia: “siempre la diferencia”. Suárez, ejerce esa diferencia, no es un eslabón pasivo en la cadena genealógica, se desplaza, es migrante, va de un país a otro, de una institución a otra; de España a Viena, de ahí a México. Se desplaza de la religión al psicoanálisis; del psicoanálisis a las ciencias humanas, de Freud a Lacan, de la editorial Fondo de Cultura Económica a Siglo XXI Editores. Funda establecimientos, se vincula con otros, tiene conflictos con ellos, pero también es propositivo, respetuoso en la discrepancia y solidario ante la persecución política. Realiza trabajo intelectual, organizativo.

Toda esa faena psíquica autoimpuesta y asumida por Armando Suárez, le obligó a vincularse con otros. Caruso estuvo en el horizonte cercano, pero en el quehacer cotidiano, en la fundación misma del Círculo Psicoanalítico Mexicano, estuvieron otros, grupalidades diversas, que dejaron honda huella, dándole a nuestros orígenes una vitalidad propia, singular, también conflictiva, donde el nombre de Igor Caruso se desdibujaba poco a poco, dada la dinámica de los seminarios para los candidatos a psicoanalistas, la práctica clínica y su dilucidación, el lugar del psicoanálisis en la sociedad mexicana, la lectura detallada, minuciosa que hacía Armando Suárez de antropólogos, filósofos, lingüistas, sociólogos, y por supuesto psicoanalistas, la mayoría de estos pensadores eran francoparlantes.

Armando, dado su hábil manejo de lenguas extranjeras, seguramente los leía en el idioma original.

Así ubicamos a este fundador como un punto de enlace, pero también de distanciamiento entre el Círculo Psicoanalítico Mexicano e Igor Caruso. Suárez ejerció esa doble función: fue puente, pero también posibilidad de separación. Alejamiento que no parece haber sido planeado a partir de razones inconfesables. Lo que se produjo en los hechos fue la puesta en marcha de un conjunto de proyectos impulsados por múltiples inquietudes que mostraban una pasión por la investigación, la lectura, la problematización vinculadas al psicoanálisis, a su clínica y a su dilucidación. Hasta donde sabemos, Armando no estableció temáticas rígidas donde fuera una obligación leer y aceptar incondicionalmente lo dicho por Igor Caruso.

Lo que se volvió lectura obligada para el CPM fueron los textos de Sigmund Freud; se trató de abarcar en los distintos seminarios toda la extensión de su obra. Pero según nos han platicado Pablo España, Felipe Flores, Lidia Agazzi, Juan Diego Castillo, Fernando González, la lectura y la discusión de los textos freudianos nunca fue dogmática, rígida o confesional. Siempre fue una lectura problematizadora, colocando por delante interrogantes, convocando a los interlocutores a leer activamente, contrastar con el propio mundo intrasubjetivo, entrelazar lo leído a la clínica psicoanalítica, así como hacer esfuerzos por relacionarlo lo leído al contexto social que parece estar más allá de cualquier asociación psicoanalítica, pero en cualquier momento problematiza el lazo social de la institución psicoanalítica.



A pesar de la distancia que se toma de Igor Caruso, algunas de sus acciones irrumpieron, retornaron cuando corría ya el siglo XXI, trastocando los vínculos sociales que se habían consolidado durante muchos años de trabajo, e incluso de confrontaciones a veces dolorosas. Una característica de nuestra agrupación ha sido esforzarnos por respetar la diversidad, la diferencia, ir en contra los autoritarismos, cuestionarlos cuando se producen dentro y fuera de nuestra grupalidad. Y resultó que Igor Caruso, en un periodo de su existencia, operó en contra de estos principios apenas enunciados. Al colaborar con el régimen nazi, se encaminó hacia la intolerancia y la destrucción.

Weissberg señala que el nazismo dirigió “ánimos devastadores contra algo que es rasgo esencial de los seres humanos: Los judíos, los gitanos o los comunistas fueron solo a quienes se utilizó como disfraz y pretexto de los ánimos devastadores generalizados con los que justificaron y ocultaron sus amplias intenciones aniquiladoras. No es gratuito que sus ideales de supremacía aria y las acciones correspondientes fuesen considerados como crímenes contra la humanidad; atacan una característica de la condición humana sin la cual ésta dejaría de existir: la diversidad” (2015; p. 2013).

Sí. Igor Caruso participó con el régimen nazi, antes de involucrarse en tareas de formación psicoanalítica, antes de fundar el Círculo de Psicología Profunda en Viena, antes de analizar a Suárez durante tres años. Pero que lo haya hecho antes no le quita importancia a esa acción, sobre todo cuando en la fundación de esa asociación en Viena participaron médicos psiquiatras y supuestos “psicoanalistas” nazis o exnazis. González

(2015) ha realizado un trabajo de investigación minucioso, respecto a esa etapa de la vida de Igor Caruso, sus posibles implicaciones en la fundación y el futuro del Círculo Psicoanalítico Mexicano. Como lo señaló de la Garza (2015), Fernando buscaba con ese trabajo “... abrir las supuestas criptas, exonerar los fantasmas, evitar los silenciamientos y poder repensarnos en una dimensión histórica, más allá de nuestras posiciones teóricas como psicoanalistas, como agentes receptores de eso suprimido” (p. 20). Ella misma nos indica claramente las acciones que despertaron la polémica: “... está un Igor Caruso que, siendo rescatado de un campo de concentración por su cuñado (nazi), llega a Viena con su mujer y le dan trabajo en el Am Spiegelgrund donde en 1942, permanece 8 meses. Es innegable que ahí realiza diagnósticos que conducen a la muerte a varios de los niños hospitalizados y que, por cierto, no son judíos” (2015, pp. 20-21).

El régimen nazi iba contra la diferencia, como ya lo indicaba Weissberg, con la intención de purificar la raza aria. “El hospital Am Spiegelgrund tenía el propósito de ejercer la Operación T-4 de limpieza e higiene de los considerados sin valor para la vida a través de la eutanasia. Los discapacitados de cualquier tipo y los mentalmente enfermos fueron detectados, perseguidos y encerrados en todo territorio nazi. Entre 1941 y 1945, murieron cerca de 7 mil 500 niños y jóvenes y, en total, incluyendo a los adultos de otros hospitales 18 mil 200 personas” (2015; pp. 217-18). Esta operación se denominó Cuatro T, porque el centro de operaciones eugenésicas se encontraba en Berlín, precisamente en el número cuatro de la calle Tiergartenstrasse.





un cheque en blanco. Y como si ese pasado nazi y católico idealista del Círculo de Viena hubiera quedado, para nosotros, muy atrás y relegado como un eco que se disolvió sin dejar huella cuando nos topamos efectivamente con la tradición de los círculos. Porque, ciertamente, los miembros de la primera generación del CPM partimos de otras coordenadas teóricas y contextuales. Con respecto a Caruso, quienes lo leímos un tiempo nos encontramos, fundamentalmente, con las referencias que hacía respecto a Marcuse, Sartre, Marx y Freud, entre otros (2015, p. 175)

Seguramente quién va leyendo estás líneas se preguntará: ¿Por qué hasta que avanza el siglo XXI lo hecho por Caruso provoca conflictos en el CPM?; ¿Por qué no se analizó eso antes? Muchas generaciones se formaron en el Círculo, incluso varias rupturas y reconfiguraciones experimentó nuestro establecimiento, antes de darle el peso que merecía el colaboracionismo de este personaje. Ante esta situación Fernando González comenta:

Una pregunta que me incluye ... como miembro cofundador del CPM, es: ¿Por qué nunca se nos ocurrió investigar cuál fue la situación que durante la Segunda Guerra vivieron los psicoanalistas y los psicólogos que se quedaron en Alemania y en Austria, y el precio que debieron pagar para hacerlo en todos los sentidos? Es como si hubiera habido una confianza básica en nuestros formadores mayores, emitiéndoles

La pregunta planteada por Fernando González, está plenamente justificada sobre todo cuando él mismo en su libro *La guerra de las memorias* pone sobre la mesa una interrogante que se han hecho algunas generaciones en la Alemania de la posguerra: “Mi padre, ese nazi, o: papá ¿Qué hiciste durante la guerra?” (1998; p. 97). El multicitado Fernando González (2015) respondió dignamente a ese cuestionamiento, realizando una amplia indagación, indicando que los planteamientos de Caruso no dejaron profunda huella. Para continuar repensando las preguntas a las que nos hemos referido en estas últimas líneas, retomemos la segunda que colocamos al lado de la transmisión: El Don.

Cuando habla de los dones y su circulación en los clanes polinesios, Mauss señala, entre otras cosas, lo siguiente:

Lo que intercambian no son exclusivamente bienes o riquezas,



muebles e inmuebles, cosas útiles económicamente; son sobre todo gentilezas, festines, ritos, servicios militares, mujeres, niños, danzas, ferias en las que el mercado ocupa sólo uno de los momentos, y en las que la circulación de riquezas es sólo uno de los términos de un contrato mucho más general y permanente. Estas prestaciones y contraprestaciones nacen más bien de forma voluntaria por medio de presentes y regalos, aunque, en el fondo, sean rigurosamente obligatorias bajo riesgo de pena privada” (1979; p. 160).

Mauss dirá más adelante que en este juego de intercambios se produce tanto “derechos y deberes de consumir” como de devolver, en correspondencia con los derechos y deberes de ofrecer y recibir. Lo recibido y lo que se da, es materia de transmisión. En esta dinámica de intercambios puede aparecer con mucha facilidad la violencia, pues negarse a dar y negarse a recibir, puede ser equivalente a “una declaración de guerra”, en la medida en que se niegan los lazos de alianza y de comunión. A este sistema de prestaciones, le dio una denominación que sintetizaba las expresiones autóctonas y las sugeridas por algunos antropólogos. “Nuestra propuesta es denominarla *plotlatch*, como hacen los autores americanos, utilizando la denominación Chinook, que hoy forma parte del lenguaje común de los blancos e indios de Vancouver en Alaska. ‘Plotlatch’ quiere decir fundamentalmente ‘alimentar’, ‘consumir’ ” (Mauss, 1979, p. 160).

Es indudable que Armando Suárez y Raúl Páramo se sentían en deuda con

Igor Caruso, era evidente que ellos sentían haber recibido algo muy valioso de ese personaje. ¿La primera generación del CPM, y las posteriores inmediatas percibieron lo mismo? Corriendo el riesgo de apresurarnos a responder, diremos que, por ahora, no alcanzamos a percibir un profundo agradecimiento, una deuda intelectual, por haber dejado una huella importante en la formación de esas generaciones. ¿Esa ausencia, ese vacío, de la no deuda, pudo explicar algo de esa falta de atención a un hecho tan importante y a muchos otros que configuraron la vida de Igor Caruso? Ahí queda la pregunta.

En cambio, se estableció una deuda con Armando Suárez, cuyos frutos encontramos en las muestras de admiración y agradecimiento que aún ahora, los que convivieron con él enuncian a la menor provocación. Algo se transmitió de ese fundador a la primera generación y a otras muchas. ¿En esa transmisión e intercambio estaba incluido Igor Caruso? Tal vez, pero como referente ambiguo, lejano que se perdía en la distancia geográfica y temporal. Él radicaba en Alemania y luego vivió un tiempo en Brasil. La primera generación del CPM, y otras más, no tenían gran interés en conocer e investigar en torno a la biografía de un psicólogo ruso cuyas argumentaciones quedaban más bien opacadas ante la fuerza de la obra freudiana en la que se estaban adentrando las primeras generaciones. Suárez tenía sus preocupaciones y conforme se fue avanzando en el proceso de formación, en los candidatos, que se convirtieron en analistas, surgieron sus propias inquietudes y proyectos. Parece que, en ninguno de ellos, el nombre de Igor Caruso, ocupó un lugar notable, al grado de problematizar sus



argumentos. Armando Suárez dejó profunda huella en quienes estuvieron cerca de él, varios de ellos nos han transmitido, con su propio estilo, algo de ese lazo social.

De Igor Caruso hay huellas de su producción, de su recorrido, de su colaboracionismo. Si alguien lo considera necesario, habrá que investigar más al respecto, pero en la actualidad existen muchos desafíos que enfrenta el Círculo Psicoanalítico mexicano. Habría que decidir por cual vía se transita. 🤖

Referencias

Cansino, C. (2012). Populismo en México. El recuento de los daños. *Letras libres*(160). Obtenido de <http://www.letraslibres.com/mexico/populismo-en-mexico-recuento-danos>

Caruso, I. (1985). *Psicoanálisis, marxismo y utopía*. México D.F.: Siglo XXI.

Castillo, J. (2011). Armando Suárez Gómez: un hombre insatisfecho. Obtenido de: <http://psicoanalisisextension.blogspot.com/2011/11/armando-suarez-por-juan-diego-castillo.html> (Trabajo original publicado en 1989)

De la Garza, M. (2015). Entre la memoria y el olvido. Palabras preliminares. En F. González, *Igor Caruso. Nazismo y eutanasia* (págs. 15-22). México D.F.: Círculo Psicoanalítico Mexican, Tusquets.

González, F. (1986). Notas para una historia del psicoanálisis en México en los años sesenta. En *Memorias. Simposium. Psicoanálisis y Realidad* (págs. 48-69).

México: Círculo Psicoanalítico Mexicano, Guadalajara, Polisemias.

González, F. (1998). *La guerra de las memorias. Psicoanálisis, historia e interpretación*. México D.F.: UIA, UNAM, Plaza y Valdez Editores.

González, F. (2015). *Igor Caruso. Nazismo y eutanasia*. México D.F.: Círculo Psicoanalítico Mexicano, Tusquets.

Kaës, R. (1996). *El sujeto de la herencia*. En R. Kaës, H. Faimberg, M. Enriquez, & J. Baranes, *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones* (págs. 13-29). Argentina: Amorrortu.

Mauss, M. (1979). *Ensayo sobre los dones. Motivo y forma de cambio en las sociedades primitivas*. En M. Maus, *Sociología y Antropología* (págs. 155-258). Madrid: Tecnos.

Rocha, G. (1998). *Las instituciones psicoanalíticas en México. Un análisis sobre la formación de analistas y sus mecanismos de regulación*. México D.F.: UAM-Xochimilco.

Suárez, A. (1985). Caruso, profeta desterrado y mártir de la esperanza. En E. Englert, & A. Suárez, *El psicoanálisis como teoría crítica y la crítica política al psicoanálisis* (págs. 13-32). México D.F.: Siglo XXI.

Weissberg, K. (2015). Los niños de Caruso. En F. González, *Igor Caruso. Nazismo y eutanasia* (págs. 209-229). México D.F.: Círculo Psicoanalítico Mexicano, Tusquets.

